

# EL APORTE DE HUGO ASSMANN A LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN

*Arnoldo Mora*

## 1. Contextualización histórica

Los más destacados aportes que ha hecho a la cultura universal en el último medio siglo Nuestra América, han sido fundamentalmente tres. Los mencionaré en un orden, cuyo criterio no implica un juicio de valores sino que tiene en cuenta tan solo el aspecto cronológico, es decir, su prioridad en cuanto a su aparición en el tiempo histórico.

El primero de estos aportes es el realismo mágico en la estética literaria y que ha hecho de nuestra literatura una de las más reconocidas y difundidas por críticos y público en el mundo entero y no solamente entre los lectores de la región, hasta el punto de que se ha hecho común el referirse a ese fenómeno con el término *boom* de la literatura hispanoamericana.

El segundo aporte ha sido la teoría de la dependencia en el campo de las ciencias sociales, políticas y económicas, y cuya incidencia en la aparición de la teología y la filosofía de la liberación ha sido explícitamente reconocida por algunos de sus propios cultores, como es el caso de Hugo Assmann, de quien hablaremos más adelante.

El tercero ha sido la teología de la liberación (TL), que ha renovado el enfoque epistemológico de la teología cristiana, hasta el punto de que constituye el intento más logrado en la historia del pensamiento cristiano de forjar una teología que rompe con la tradición greco-romana, instaurada en Occidente desde el nacimiento mismo de la teología cristiana con Orígenes y la Escuela de Alejandría a inicios del siglo III.

La TL establece como criterio epistemológico de verdad la praxis en el campo político (de ahí el término "liberación"), inspirándose en una lectura "comprometida", esto es, objetiva pero no neutral, de la realidad económica, social e histórica de nuestros pueblos.

Este criterio epistemológico lleva a sus cultores a una relectura de las fuentes bíblicas y de la historia de la Iglesia partiendo de la prioridad de la teología pastoral sobre la teología especulativa. Esto le posibilita definir su identidad, a partir del cual establece un diálogo crítico frente a las tradiciones y escuelas teológicas de otras regiones, especialmente de Europa. Para ello se sirve del instrumental crítico que suministran las ciencias sociales, en particular de inspiración marxista, y de las corrientes de pensamiento filosófico más crítico y utópico provenientes de los países europeos, si bien el enfoque es específicamente latinoamericano y caribeño.

Como decía poéticamente Hegel, aludiendo a que la filosofía es una reflexión a posteriori en torno a la praxis histórica de un pueblo y a la conciencia que de ahí se desprende y, por ende, que nunca antecede a la misma sino que la sigue: "El búho de Minerva levanta su vuelo al caer de la tarde". De ahí se desprende un principio epistemológico que debe regir toda correcta comprensión de la historia de las ideas. Y se trata de que para la comprensión del pensamiento filosófico, que busca, en virtud de su propia naturaleza, la universalidad y la absolutez, como afirmaba Kant, es lo que los alemanes llaman situar un pensamiento en su contexto histórico ("Sitz in leben").

En nuestra opinión, la norma anterior debe ir más lejos, pues no se trata de una contextualización extrínseca, como si los procesos históricos no afectaran la esencia misma del pensamiento filosófico, sino constitutiva del pensamiento mismo. El contexto histórico no solo constituye el contenido ("objeto material" en el lenguaje de la tradición aristotélica) sino su propia comprensión intrínseca, desde su propia eclosión primitiva y material y su ulterior desarrollo formal ("objeto formal" en el lenguaje tradicional de los filósofos).

Desde el punto de vista de la comprensión de la historia de las ideas, no podemos entender el surgimiento de una corriente filosófica si no analizamos las fuentes en que se inspiró. En el caso concreto de la filosofía de la liberación latinoamericana y caribeña, la influencia explícita que encontramos en su surgimiento y desarrollo está, tanto en el nuevo enfoque de las ciencias económicas, sociales y políticas, fundadas en la teoría de la dependencia, como en la TL surgida igualmente a partir de la crítica de las teorías desarrollistas y la aceptación de la teoría de la dependencia de inspiración hegeliano-marxista.

Es de notar —y no sin cierta extrañeza de parte de quien escribe estas líneas— que la influencia de las nuevas estéticas literarias no se ha hecho sentir en la filosofía de la liberación. Y digo que me causa extrañeza pues, a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, cuando con la Guerra de Independencia de Cuba se terminó el colonialismo español pero comenzó el imperialismo yanqui, se desarrolló la primera corriente estética literaria que, proveniente de Nuestra América, tuvo una repercusión significativa más allá de nuestras fronteras políticas y culturales. Me refiero al modernismo, al que considero la primera revolución cultural de Nuestra América y cuya madurez intelectual y filosófica la encontramos en la consolidación del género ensayístico llevado a su máximo esplendor e influencia universal con el *Ariel* de José Enrique Rodó.

Hoy la corriente estética de “lo real maravilloso” de Alejo Carpentier y, sobre todo, del “realismo mágico” de Gabriel García Márquez (ambas originadas en el mundo pluriétnico y multicultural del Caribe), tiene una repercusión y un reconocimiento mundiales, mayores aún que el modernismo de hace un siglo y, sin embargo, en nuestra propia filosofía latinoamericana y caribeña no ha tenido la repercusión e influencia que sí tuvo el modernismo en el desarrollo de la literatura de ideas de las primeras décadas del siglo XX y que se expresó en el cultivo del género literario del ensayo. Lo anterior se hizo tan evidente, que podemos hablar de “arielismo” como una corriente de pensamiento y un estilo literario en muchos de nuestros países claramente tipificado. Es dentro de este contexto cultural que aparece, como una innovación en el campo de la filosofía, no solamente latinoamericana y caribeña sino universal, la filosofía de la liberación. Para comprender sus orígenes, como lo señala de manera explícita Hugo Assmann y en su momento lo destacaremos, en los orígenes de la TL está la crítica a las teorías que promueven el desarrollismo como estrategia de los países metropolitanos para legitimar y continuar la explotación capitalista de estas regiones y sus pobladores originarios. A esta corriente crítica se la ha llamado “teoría de la dependencia”.

Pero la TL no solo innova buscando un diálogo fecundo y sin complejos con las ciencias sociales y

políticas, como lo destaca de nuevo Hugo Assmann, sino que también reconoce influencias filosóficas, tanto en el origen mismo de la palabra “liberación”, que Assmann ve en los ensayos del filósofo de la Escuela de Frankfurt Herbert Marcuse, sino en otras corrientes de pensamiento inspiradas en Hegel y Marx y en algunos pensadores hebreos como Emmanuel Lévinas o de teólogos cristianos, como Karl Barth y Teilhard de Chardin.

Es por eso que para la comprensión de los orígenes y el alcance de la filosofía latinoamericana y caribeña de la liberación, nos limitaremos en estas líneas a destacar a aquellos teólogos de la liberación que más claramente han reconocido estas influencias, tanto de la teoría de la dependencia, como de diversas escuelas filosóficas europeas.

Es de notar la ausencia en los orígenes, tanto de la TL como de la filosofía de la liberación, de la corriente de pensamiento filosófico que podríamos llamar “latinoamericanista”, especialmente desarrollada en México donde sobresale el maestro Leopoldo Zea. Esta corriente de “filosofía latinoamericanista” ha sido cultivada de modo sistemático por la Escuela de Mendoza en Argentina, cuyo más destacado maestro es Arturo Andrés Roig. Otro tanto puede decirse del pensamiento neomarxista desarrollado por algunos exiliados de la República Española y radicados en nuestro continente, como Adolfo Sánchez Vázquez.

Lo anterior se debe, en no poca medida, a que tanto la teoría de la dependencia como la TL, en sus orígenes comenzaron a desarrollarse en Brasil, país cuya inmensidad territorial y autonomía lingüística y cultural, le permiten constituirse en una especie de subcontinente al interior de Nuestra América.

Lo dicho no implica que autores de la región de Mesoamérica no hayan tenido una influencia y peso específico propios en el desarrollo de la TL. Me refiero, en concreto, al aporte teórico hecho por el mejicano Porfirio Miranda con su obra decisiva *Marx y la Biblia*<sup>1</sup> y, como presencia testimonial y aporte doctrinal, la figura del arzobispo mártir salvadoreño Oscar Arnulfo Romero<sup>2</sup>.

De manera particular, el ligamen entre la TL y la filosofía de la liberación es tan estrecho que, como su calificativo de “liberación” en ambos casos lo muestra por sí solo, para esta reseña histórica de la filosofía latinoamericana y caribeña hemos creído importante comenzar por analizar la fundamentación filosófica de algunos de los más significativos representantes de la TL que han explicitado su fundamentación filosófica.

<sup>1</sup> México D. F., 1971.

<sup>2</sup> Cfr. Mora, Arnaldo. *Monseñor Romero* (antología, presentación selección y notas). EDUCA, San José, 1981.

La teología cristiana, en efecto, desde sus orígenes históricos no ha sido más que el enfoque o lectura crítica de las fuentes bíblicas a la luz de un determinado contexto cultural y adoptando un sistema filosófico en boga. En el caso de los Padres de la Iglesia, tanto oriental como occidental, fue predominantemente el pensamiento neoplatónico y, en menor medida, el estoico tardío, los que sirvieron de marco teórico-epistemológico a la elaboración de una tradición doctrinal inspirada en la fe judeo-cristiana.

En el caso específico de la teología latinoamericana y caribeña de la liberación, esta se ha nutrido no únicamente de su propia tradición histórica y cultural, sino que ha mantenido un diálogo crítico con la teología europea, como también con el pensamiento filosófico occidental, sobre todo, con corrientes de pensamiento contemporáneo.

Pero decir diálogo no implica nada más tomar distancia crítica respecto del interlocutor, sino reconocer igualmente puntos en común, lo que crea un terreno del que se parte, tanto para coincidir, como para establecer distancias críticas y zonas de conflicto o divergencia.

Pero decir diálogo no implica nada más tomar distancia crítica respecto del interlocutor, sino reconocer igualmente puntos en común, lo que crea un terreno del que se parte, tanto para coincidir, como para establecer distancias críticas y zonas de conflicto o divergencia.

Es por eso que los teólogos de la liberación parten de una fundamentación filosófica de origen europeo. No obstante, hay que hacer notar que no se trata de cualquier filosofía o de aquellas corrientes que están en boga, sino de aquellas que más distancia crítica han tomado del pensamiento europeo. En otras palabras, son los autores que más conciencia crítica han desarrollado, aquellos, incluso, que se han inspirado en fuentes no occidentales sino hebreas, las que han sido utilizadas tanto por los teólogos como, sobre todo, por los filósofos, que representan más significativamente esta corriente de pensamiento latinoamericano y caribeño que se ha denominado de la "liberación".

Como estas corrientes parten de la concepción de inspiración hegeliana y marxista, según la cual el pensamiento auténtico no es más que la conciencia crítica de la praxis histórica que en lo fundamental, es política, siendo Nuestra América una región que históricamente se ha situado en la periferia y no en los centros hegemónicos de poder mundial y esto desde sus orígenes hace 500 años, no es extraño que sea el marxismo la corriente de pensamiento que más ha inspirado a estos autores. Pero no solo el marxismo de sus fundadores (Marx ante todo y, en menor medida, Engels), sino también los pensadores marxistas posteriores como Gramsci, Rosa Luxemburgo, Althusser, el primer Garaudy y la Escuela de Frankfurt. Han sido igualmente los marxistas latinoamericanos y caribeños quienes más aceptación e influencia han ejercido en el pensamiento objeto de este estudio. Me refiero, en concreto, a figuras como José Carlos Mariátegui, Ernesto el Che Guevara, Fidel Castro.

Pero en mayor medida han sido las grandes figuras de nuestra historia, en su condición de gestoras de pro-

cesos de liberación, las que más influencia han ejercido en este pensamiento. Hablo, en concreto, de los próceres de la Independencia (como Bolívar, Hidalgo, Morelos), o los protagonistas y líderes de gestas libertarias más recientes, como Sandino, los zapatistas y los teóricos y dirigentes de la aleccionadora experiencia del ejercicio del poder que deparó el breve gobierno de la Unidad Popular en Chile y que encabezó el presidente Salvador Allende.

En este sentido, no hay que dejar de notar que los procesos políticos innovadores más recientes siguen teniendo una influencia inmensa. Tal es el caso de la "Revolución Bolivariana" encabezada por el venezolano Hugo Chávez, o el proceso político de tinte étnico y social encabezado por el líder indígena Evo Morales en Bolivia y a más las recientes experiencias políticas de Ecuador y Paraguay, encabezadas por dos líderes que se reconocen explícitamente como inspirando su praxis transformadora en las concepciones emanadas de la TL.

En esta ocasión me limitaré a hacer notar que la influencia en estos procesos innovadores y esperanzadores ha provenido tanto de fuentes teóricas, sea teológicas, sea filosóficas, como en no menor medida de acontecimientos que han sacudido los cimientos mismos de las instituciones religiosas más representativas de la fe cristiana, dentro del ámbito eclesial, al igual que en la vida política continental. Me refiero, en el ámbito eclesial, al Concilio Vaticano II, convocado por el papa Juan XXIII en 1962 y concluido por su sucesor Pablo VI en 1965. En el campo político las cosas no fueron tan esperanzadoras y aperturistas. Todo lo contrario, fue el período de las grandes dictaduras de "seguridad nacional" que se impusieron en América del Sur a partir del golpe de Estado al presidente João Goulard en 1964. El régimen militar posterior se convirtió en paradigmático para la región.

Por lo que a la TL se refiere y a la influencia que en sus orígenes tuvo el Concilio Vaticano II, hemos de señalar que lo más significativo de este evento fundamentalmente religioso, es que representó un viraje histórico en la convocatoria y realización de eventos de esta naturaleza. Los concilios ecuménicos históricamente han sido convocados en momentos de crisis dentro de la institución eclesiástica para dirimir controversias de índole doctrinal o dogmática. En este caso, se convoca a un concilio de carácter primordialmente pastoral, en ausencia de grandes controversias doctrinales. Es la falta de interés por parte del mundo moderno hacia los asuntos religiosos, dado que vive un proceso creciente de secularización, lo que causa una convocatoria de esta naturaleza.

En otras palabras, es la conciencia de su propia autonomía por parte del mundo actual que se caracteriza por vivir la mayor revolución científico-tecno-

lógica de su historia y que se expande por el mundo entero, mientras protagoniza procesos políticos que abarcan la humanidad entera, tales como la indetenible descolonización que da a los pueblos periféricos un protagonismo en la escena política mundial que hasta entonces no tenían. A esto hay que añadir la amenaza de una guerra termonuclear con el consiguiente peligro de un exterminio u holocausto de la especie humana, lo mismo que la amenaza de la destrucción de la vida y de los recursos que permitan no solo a la humana, sino a muchas otras especies sobrevivir, lo que constituye el objeto y la preocupación de no pocos pensadores de inspiración cristiana.

De manera particular, en el caso de la tradición religiosa de origen cristiano uno de los factores más novedosos, por no decir "revolucionarios", lo constituye el hecho de que, desde la segunda mitad del siglo XX, los creyentes en Cristo provienen en su mayoría de los países del Tercer Mundo. Cristo ha dejado de ser rubio y occidental y su rostro es ahora multiétnico, multicultural, y su presencia se extiende a todos los confines de la tierra. Nuevos sujetos históricos emergen que hacen que la tradición revolucionaria de izquierda, sobre todo el marxismo, debe ser críticamente repensada.

Tal es el caso de movimientos críticos o, incluso, revolucionarios, como los de inspiración étnico-racial, los movimientos feministas que cuestionan siglos y siglos de dominación patriarcal, los movimientos ecologistas, la red mundial de grupos que cuestionan una "globalización" que no hace sino dejar las manos sueltas para que unas 400 transnacionales (70% de las cuales son de origen estadounidense) dominen el subsuelo, el suelo, la atmósfera y el espacio extraterrestre, emergen como nuevos sujetos históricos.

Es por eso que también esta concepción filosófica de la liberación piensa, no solamente desde los grandes desafíos de la realidad actual, cuya característica es crear conciencia desde la ominosa perspectiva de un fin apocalíptico y cercano de la especie humana, sino que debe pensar desde y a partir de su propia praxis.

Esto es lo que tienen en común eventos como el Concilio Vaticano II y la TL, pues la teología y la filosofía de la liberación parten de categorías críticas de la realidad y no de la construcción de un sistema integral de carácter teórico y absoluto. En el caso de la TL, es desde la pastoral y no desde la dogmática o sistemática; en el caso de la filosofía de la liberación, es desde la praxis o compromiso integral del propio filósofo. En ambos casos tenemos un pensamiento "comprometido", como pensadores franceses como Sartre desde una posición atea, o Emmanuel Mounier desde una ética cristiana, han puesto en relieve.

Desde esta perspectiva, el asumir categorías de una determinada corriente de pensamiento o sufrir la influencia de determinados pensadores de origen

europeo, debe ser visto no como la continuación de una dependencia o neocolonialismo cultural, sino como el reconocimiento de que hay un terreno común donde un diálogo crítico es posible. Además, no olvidemos que en la travesía del Océano Atlántico estas categorías sufren de igual modo una metamorfosis epistemológica no menos importante y no necesariamente prevista en el original. Pues el pensamiento concebido teóricamente en Europa, es asumido en Nuestra América como criterio de acción, como crítica a la praxis, como constituyendo la fundamentación teórica o doctrinal, ya que a las ideas se les asigna en el contexto latinoamericano y caribeño un papel activo, por no decir revolucionario, que en no pocos casos le ha significado la persecución política y el riesgo de la vida al propio filósofo.

Todo lo anterior hace que la filosofía sea vista como una praxis y no como una teoría. De ahí que el análisis o cuestionamiento, no solamente de los grandes procesos políticos sea objeto de la reflexión filosófica, sino incluso la coyuntura misma del día a día de lo que pasa, tanto en el mundo, como en los países y las regiones que componen la geografía física y humana de Nuestra América.

Es la prioridad de la praxis sobre la contemplación, según lo dijera Marx en la célebre tesis número XI de su ensayo *Las tesis sobre Feuerbach*, una de las características del pensamiento latinoamericano y caribeño. Es el sentirse y saberse sujeto de la historia y la preocupación por construir "subjetividades", como gusta decir Arturo Andrés Roig, lo que caracteriza este pensamiento comprometido, lo que le permite definirse como pensamiento "liberador".

La toma de conciencia de la alienación es la *conditio sine qua non* de una auténtica liberación, es la que le posibilita asumir lúcidamente los obstáculos a la libertad creadora y autocreadora como el punto de partida de una libertad concebida, no apenas como el acto de asumir nuestro destino histórico, sino como capacidad de dar y darnos un sentido a la vida, o sea, de darle al compromiso político una dimensión metafísica. No se trata de plantearnos en abstracto el sentido de la vida, sino cuestionando el sentido de nuestra praxis, lo que nos permite llegar hasta las preguntas últimas. Tal actitud vital ha caracterizado siempre y desde sus orígenes el pensar filosófico.

Es por eso que lo que comenzó como una TL, hoy se desarrolla como una filosofía de la liberación, que ha partido desde un cuestionamiento ético antropológico y que culmina en una visión integral de nuestra condición humana, como diría Hanna Arendt. Lo que comenzó como un cuestionar la sociedad desde la fe, culmina como un cuestionarse desde los valores humanos mismos.

Un breve vistazo a lo que constituye el camino recorrido por estas luchas hacia la conciencia de la au-

toliberación y la liberación, no solo de nuestros pueblos sino de la humanidad entera y de la salvaguarda de la vida en todas sus manifestaciones en el planeta, es lo que he tratado de hacer en esta apretada reseña, en la que me he restringido a resumir el pensamiento de Hugo Assmann.

## 2. La fundamentación epistemológica de la TL según Hugo Assmann

En su obra *Teología desde la praxis de la liberación*<sup>3</sup>, Assmann se preocupa menos de elaborar un pensamiento que busca una fundamentación filosófica y teológica y recurre más a las ciencias sociales como instrumento del análisis y arsenal crítico.

Su libro se compone de un conjunto de artículos y conferencias que giran en torno a una idea central, cual es la del compromiso revolucionario, guerrillero incluso, frente a los regímenes de seguridad nacional que habían empezado a extenderse por toda América del Sur comenzando por su propia patria, Brasil. No busca dialogar sino testimoniar desde "la América dependiente". La obra de Assmann se va a caracterizar no por la búsqueda de una teoría, sino por la realización de acciones concretas a las que aplica la crítica de las ciencias sociales, con el fin de detectar el grado de compromiso concreto dentro del cual tuvieron origen.

Su instrumental teórico y categorial deriva de las ciencias sociales, por lo que acusa a la teología de haber sido negligente en este punto. Su enfoque se inicia con una polémica abierta con las teologías del Primer Mundo que hablan de política y a las que acusa de carecer de un compromiso revolucionario concreto y, por consiguiente, de quedarse en lo vago (págs. 16ss.). Su más dura crítica va hacia la pretendida neutralidad política, que hace de la teología una ideología al servicio del orden establecido y, por tanto, hace de los teólogos y, sobre todo de las iglesias, cómplices de situaciones deshumanizantes y de violación a los derechos humanos.

Para Assmann únicamente es lícito hablar de teología política desde un compromiso revolucionario concreto, cuando se está realmente inserto en un proceso de liberación, en el cual no se está como un pasivo observador sino como activo sujeto en el que, incluso, se arriesga la vida.

La fe ayuda en el sentido de que concibe a Dios, según la Biblia, como estando de parte de las víctimas.

La fe es una pro-vocación (pág. 21). La Iglesia, como expresión del Reino, expresa una misión cual es la de identificarse con las luchas liberadoras. Tal es el sentido político de la acción pastoral (pág. 23). Pero la teología es, como decía Alves, lenguaje; por lo que el uso de un determinado lenguaje demuestra el tipo de concepción teológica que se tiene.

Este lenguaje, para Assmann, debe estar sometido a la crítica a partir de las ciencias sociales, únicas que suministran un instrumental analítico indispensable para discernir en cada momento de nuestro compromiso histórico la corrección de nuestras acciones en el campo político. Assmann quiere con eso combatir lo que califica de "tentación de los medios cristianos a la magia verbal, a la palabrería de proclama" (pág. 31) que convierte no pocas declaraciones eclesiológicas y de sectores religiosos en una simple "catarsis verbal", que oculta un desconocimiento de la base material en que se funda toda superestructura ideológica y todo discurso teórico o doctrinal.

Por ende, dice Assmann, cuando hablamos de "liberación" hablamos de una libertad que está ausente, alude a una carencia mucho más que a una presencia, de algo a adquirir precisamente porque se carece de eso y en superar esta carencia se funda su necesidad y trascendencia. En la medida en que tengamos conciencia de la importancia de aquello de que carecemos, estaremos dispuestos a luchar para lograrlo y valoraremos las acciones conducentes a la obtención del fin apetecido. Lo importante no es la acción de la palabra sino la palabra de la acción, expresa Hugo usando un satírico juego de palabras (pág. 32).

Se ocupa luego nuestro autor en hacer un poco de historia sobre los orígenes de la TL y sobre el concepto mismo de "liberación", en donde enfatiza el papel desempeñado por la nueva izquierda latinoamericana y caribeña y por el filósofo Herbert Marcuse. La razón que explica este cambio de actitud es la toma de conciencia de nuestra realidad histórica de dependencia causada por un sistema de dominación y explotación universales. Solamente superando el lenguaje desarrollista y asumiendo la teoría de la dependencia conseguiremos elaborar las premisas teóricas y analíticas para construir un lenguaje de liberación (pág. 35).

La importancia del recurso a las categorías analíticas tomadas de las ciencias sociales es que evita vaguedades y obliga a hablar en concreto, con nombres y apellidos diríamos. En el campo teológico obliga a calificar como pecado toda situación de opresión y explotación y a señalar en concreto a quienes sean los responsables, lo que en lenguaje teológico podemos llamar también "salvación" (pág. 55).

Pero la teología en su dimensión pastoral debe asimismo cumplir la función de ser concientizadora como la llama Assmann, "sensibilizadora" (pág. 60).

<sup>3</sup> Salamanca (España), Ediciones Sígueme, 1973.

Esto nos lleva a hablar de crear una ciencia de la praxis revolucionaria, que Assmann llama "praxeología" (pág. 62), cuyo criterio de verdad es, valga la paradoja, igualmente práctico. La verdad no existe sino que se construye con la acción, que no es más que la verdad de la acción misma en cuanto es liberadora y conducente a la liberación humana integral (pág. 65).

Es dentro de este contexto epistemológico que debemos concebir la fe, a la cual también se le exige una eficacia en sus resultados (pág. 71). Es por eso que debemos considerar como falsa o espuria toda separación entre teología dogmática y ética. Esta concepción de "liberación" implica una nueva conciencia histórica (pág. 107), ya que ese concepto de liberación es correlativo del de "dependencia" (pág. 109).

Lo dicho nos lleva de igual modo a hablar no solo de categorías generales o abstractas, sino, además, a denominar las dimensiones estratégico-tácticas propias de la acción política (pág. 118). "Liberación" se llama si la miramos dentro de ese marco político e histórico y que, por ello mismo, debe definirse como un proceso. Assmann define el proceso de liberación de la siguiente manera:

Por "proceso de liberación" se entiende, por lo tanto, el nuevo camino revolucionario que tienen que asumir los países latinoamericanos que quieren buscar una salida real a su situación de dependientes (pág. 123).

Vistas así las cosas, nuestro autor se pregunta cuál es el papel que deben cumplir los cristianos en este proceso de liberación. Assmann considera toda religión como una superestructura, por lo que su función estratégica es, según sus palabras "abrir brechas en la superestructura" (pág. 132). Pero también debe aportar desde el punto de vista infraestructural en la medida en que hay entre los cristianos amplios sectores oprimidos y explotados, los cuales deben construir una vanguardia revolucionaria, si es que quieren que las revoluciones se hagan "con ellos y por ellos" (pág. 135).

Lo anterior debe llevar a ver la teología desde una perspectiva de un cambio revolucionario integral y no simplemente político como pretendía Rubem Alves. En ese sentido Assmann va más lejos, pues define la "conversión al Reino como conversión al cambio en la historia", entendiendo por tal un cambio revolucionario (pág. 147). Es por eso que la "conversión a Dios" debe verse como "una conversión al hombre" (pág. 148). El cristianismo debe verse no como una religión sino como un "movimiento religioso" (pág. 150). Tal es la dimensión profética de la fe que implica riesgo (pág. 152).

Demás está decir, a guisa de conclusión, que el pensamiento de Hugo Assmann constituye un aporte,

no solo original, sino fundamental en la construcción de ese pensamiento propio de nuestros pueblos históricamente marginados y que constituye la TL. ■

## NUEVA LIBRERÍA VIRTUAL DEI [www.dei-cr.org](http://www.dei-cr.org)

Con la nueva Librería Virtual es más fácil, cómodo y seguro comprar nuestros libros y revistas.

Simplemente ingrese a nuestra página web: [www.dei-cr.org](http://www.dei-cr.org) y haga click en la imagen de la Librería Virtual que aparece en la parte superior de la página o en el enlace "Librería Virtual" del menú que aparece en la parte izquierda de la página.

En nuestra Librería Virtual usted podrá comprar todos nuestros libros y revistas, además de conocer las novedades y promociones de nuestro Fondo Editorial.

Usted podrá realizar compras desde cualquier lugar del mundo y efectuar el pago de forma segura con cualquier tipo de tarjeta de crédito.

Visite nuestra Librería Virtual y adquiera estas y otras novedades de nuestro Fondo Editorial.

COMISIÓN EDITORIAL DEI